CAPÍTULO V

—Entrad... la llave está encima de la puerta.

Danjou dió dos vueltas á la llave, avanzó dos pasos á tientas en la sombría y ahumada choza, parándose cegado y sofocado.

—Es el viento que sopla hacia dentro, anuncia borrasca—dijo la voz del guarda, en cama todavía, gimiendo bajo un montón de mantas y vestidos... ¡Ah! es usted, mi querido amigo... cuidado con el escabel... coloque Ud. el fusil contra la panera... ¿Oye Ud. la vaca de Faramán? Se ha levantado temprano hoy por la mañana y mi reúma con ella... ¡Ay!.. ¡Ay!

Usted, camarada, tampoco parece que ha dormido muy bien. Está Ud. pálido como la muerte... Si quiere Ud. hacer como yo, *vé*.

Se enderezó lleno de dolores, desprendiendo á cada movimiento un olor de levadura y paja recalentada, cogió de una tabla mal escuadrada que había á la cabecera la tapa de una caja de latón llena hasta el borde de una opiata verde de su invención, por la que paseó dos ó tres veces voluptuosamente una lengua de león enfermo, sucia y sanguinolenta.

Danjou, de pie, á alguna distancia de la cama, se excusó por no querer hacer precisamente lo que él.

—Ya comprendo, ya comprendo—gruñó desde sus mantas;—no es por mis drogas por lo que viene Ud.

Se quedó recostado, inmóvil y silencioso con los grandes rasgos de su cara enrojecidos y convulsos por el sufrimiento, como si cada ráfaga que envolvía la

casa le pasara por su cuerpo también, retorciendo y macerando sus músculos. Se oía crujir la paja del techo, gemir la cruz tradicional de madera que guardaba la techumbre, y todo alrededor, por la campiña, sonar y galopar los cencerros del rebaño, asustado por la ausencia del guarda y el viento brutal del mar. Apaciguada la tormenta, el guarda abrió lentamente los ojos.

—Viene Ud. por el retrato de la señora, ¿eh?—le dijo...—Por la parisién desnuda hasta aquí... Ya conocí en seguida que le gustaría...

Alargó su velludo brazo color de ladrillo, cubierto de cornadas, apreciables por blancas y profundas cicatrices.

—Sin mandar á Ud., mi querido camarada, esa maleta de clavos dorados que hay allá abajo, en el fondo... si fuera usted tan amable que quisiera acercarla así, contra mí...encontraríamos seguramente lo que Ud. busca.

—¿Qué creerá este imbécil que busco yo?—pensaba Danjou, acercando la maleta á la cama y levantando la enorme tapa abombada. Al primer momento tuvo la ilusión de una tienda de herbolario que se abriera. Flores secas, plantas muertas, momias de mariposas y cigarras conservadas en alcanfor y en alcohol, opiatas, elíxires, papel de plata, algunas conchas, trozos de nácar y coral, eso era lo que se veía al pronto en aquella especie de trampa mohicana, aquel agujero de urraca ladrona que el Antiglutinante llamaba "su tesoro". Inclinado encima de todo esto, con ojos de inventor ó de avaro, balbuceaba, humedecidos los labios: ¡Cuántas drogas aquí dentro! ¿eh? Hierba que cura y hierba que mata...

Su nariz glotona iba de un frasco á otro, oliendo, deleitándose largo rato y como si la febril impaciencia del cliente le regocijase, se retardaba rebuscando medallas y éxitos de torero conmemo-

radas por infinidad de moñas, colores ajados, dorados desteñidos y que cada cual tenía su historia y acompañamiento de gloriosas gratificaciones.

Esta provenía del Romano, no éste de ahora, de otro; siempre hay un Romano en las ganaderías. Esta grande, con sangre en los bordes, le había valido el recuerdo de Musulmán y el de la hermosa persona en cuestión.—¡Y cuidado que son alegres las parisienses! Juzgue usted mismo. La noche de la corrida hubo en el círculo del Forum un gran banquete en mi honor. Figúrese Ud. que después de la cena todos aquellos señores se habían quedado fumando en círculo á mi alrededor en un salón dorado, lleno de espejos y de luces, cuando me llega la señora, una mujer soberbia, con una lluvia de diamantes y brillantes en sus redondeados hombros. Se me queda plantada mirándome con descaro, y me dice esto ante toda aquella gente:

—Boyero, ¿no te han dicho nunca que eras muy hermoso?

¡Ah, buena pieza! Atreverse á hablar á un hombre de esa manera... Sentí que me subía la sangre á la cabeza y la dije como respuesta:

—Y á Ud., señora, ¿no la han dicho nunca que era una ramera?

Danjou se sintió palidecer. Aquella desvergonzada se parecía de tal modo á su querida...

—¿Y no le guardó á Ud. rencor?—le preguntó.

—¿Que si no me guardó rencor, joven? Espere Ud...—Se enderezó gimiendo, y dejando ver por entre la camisa de gruesa tela un pecho velludo y gris de campesino viejo.—Deme Ud. esas dos cajas, la verde y la otra.—Le indicaba dos cartones como los de modas que usan en los grandes almacenes de novedades para expedir géneros al fin del mundo, sucios, rotos, recargados de timbres de correos y que no

se deshacían por milagro. Del que primero abrió, sin tocarlo casi, se escaparon fotografías de mujeres, actrices, cantantes, mallas y escotes de escaparate, y fueron á extenderse por la manta ante él. Cogió uno y lo contempló largo rato. Danjou estaba demasiado lejos para verle; pero del Antiglutinante con gorro de lana y mano gruesa, de uñas negras que tenía la fotografía, no perdía un detalle. Y recordando los gustos elegantes y refinados de su querida, le parecía monstruosa é imposible la asociación de aquellos dos seres.

—Mira eso, querido...—dijo el antiguo guarda-bueyes entregándole el retrato.

Era efectivamente Magdalena Ogé, hacía diez años, en el cénit de su belleza y de su gloria; Magdalena, en Camargo, la más sabrosa de sus creaciones y el más ligero de sus vestidos. Debajo, para que no hubiera lugar á duda, un renglón de su ancha, caprichosa y blanda letra,

firmando el público homenaje que hacía á un vaquero de aquella boca divina y aquella garganta sin defecto.

"Al más hermoso de los camargueses,

Su Camargo."

Era la prueba amarillenta y manchada; aquel olor nauseabundo y medicamentoso? Al pronto no tuvo más que una sensación de asco; él que creía sufriría tanto al verla, que se consolaba anticipadamente; mas por fin, teniendo ante sí la prueba, no pudiendo ya dudar, saboreaba tranquilo aquel dolor que por experimentarle en aquella forma le llegaba muy mitigado.

—¿Cuánto quiere Ud. por este retrato? —preguntó indiferentemente.—Le doy á usted diez pistolas, cien francos.

—¡Diez pistolas!—dijo el camargués dando un salto de alegría bajo sus mantas.

—Es un hermoso trozo de carne de mujer, ¿eh?...—le decía castañeteando la lengua y mirándola con ojos libertinos.—Por el mismo precio le puedo á Ud. ofrecer cosa mejor. Sí, si va Ud. á verlo.—Sacó del otro cartón y colocó cuidadosamente sobre la cama algunos de esos grandes cromos que se ven en los escaparates de los comercios de *santibelli,* en los muelles viejos de Génova ó Marsella... Dafnis y Cloe, el cisne de Leda. Adán y Eva antes del pecado, desnudeces pretenciosas de intención truhanesca, sobre todo por su colorido y sus dimensiones.

—Elija Ud., querido amigo; como cuadros galantes, no encontrará Ud. nada más hermoso.

¡Oh! El acento, la voz con que apoyaba estas palabras: cuadros galantes. Y era entre ese montón de porquería donde figuraba Magdalena...

—Muy bonito, Sr. Arlatán—murmuraba Danjou distraídamente casi sin mirar, pensando sólo en la pequeña imagen sobre la que se crispaban sus dedos...—Pero lo

que más me gusta es este retrato de mujer... No hablemos más.—El campesino insistió deslumbrado por las diez pistolas. Primero había dicho que la dama no estaba más que á medio escotar mientras que las demás... luego ya hizo notar que había puesto letra suya y su firma debajo. Además, podía vivir todavía aquella señora Camargo, y pudiera ser, si llegara á saberlo, que no la gustara...

La claridad de fuera entrando en torbellino, les hizo levantar la cabeza á los dos. La puerta, mal cerrada sin duda, acababa de abrirse de par en par bruscamente. Se veía el cielo bajo, las nubes en desenfrenada carrera, los caballos esparcidos por la landa, mostrando acá y allá, tras un arbusto de tamarisco, la arista de su espinazo, la espuma de sus blancas crines; más lejos, por encima del Vacarés tumultuoso, con espejismos brillantes en sus olas, bandadas de pájaros que volaban y se inclinaban chapuzándose, sacudiendo luego sus alas al viento.

—Ponga Ud. la llave por dentro, estaremos más á gusto—le dijo el guarda bajando la voz.

Pero Danjou con tono breve,

—Es inútil—le dijo;—puesto que no le conviene á Ud.

El otro palidecía de cólera.

—Pero, querido amigo, vamos á ver, reflexione Ud.

—Si está todo reflexionado... Usted tiene capricho por ese retrato, yo tengo también el mismo empeño... Tome usted veinte francos por la molestia que le he proporcionado y hasta la vista, amigo.

¿Después de todo, la impresión de inmortal disgusto que se llevaba no valía por todas las fotografías? Con la imagen constantemente ante su vista, puede ser que esta impresión se hubiera atenuado; es posible que no hubiera podido resistir á la alegría de fáciles represalias, como

enviar á casa de la diva aquel recuerdo de su juventud. Pero el final de todo esto sería lo infructuoso de sus esfuerzos, la denuncia de su retiro, cartas, lágrimas y después la eterna recaída. No, no, quédate, hija mía, con tu camargués; continúa corrompiéndote entre los verdes bálsamos en calidad de cuadro galante!...

Danjou pensaba de este modo dirigiéndose hacia el Vacarés, donde esperaba cazar todavía un par de horas, cuando cerca de él, entre el sembrado, vió á Zia sentada sobre el musgo mojado de rocío al lado de un cesto lleno de grandes panes y rodeada de caballos, á los que echaba maquinalmente enormes trozos y que al acercarse él se dispersaron. Tenía desnudo el cuello, desprendido el manto y los pies medio descalzos fuera de los zuecos amarillos de madera de sauce, descoloridos los labios por el frío, y el mismo ademán de la mano que trataba de atraer los cabellos á su toca la

daba un aspecto de extraviada. A la voz del Franciot levantó únicamente la cabeza.

—Zia, ¿qué haces ahí?

—Nada... no sé...

—¿Cómo no sabes lo que haces, tan lejos de tu casa?. . ¿Qué significa tanto pan?

—Me han enviado á buscar pan á Chartrouse.

—Chartrouse?... pero para volver á tu casa no es este el camino.

La mirada de Danjou, orientándose á su alrededor, encontró la cabaña del guarda. En seguida comprendió.

—No mientas. ¿Ibas allí?

—Allí iba...—contestó con violencia.—Lo que me dijo Ud. ayer noche, las oraciones que he rezado, de nada han servido... de nada. Una fuerza malvada me empujó al salir de Chartrouse hacia casa de este hombre sin saber cómo. La llave estaba puesta abrí; pero ví gente y corrí hasta aquí, temerosa de ser conocida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al decir esto se levantó y colocó bajo el brazo el cesto de pan.

—¿Dónde vas?

—Voy á casa, porque mi hermana estará con cuidado...—Pareció vacilar y después le dijo: —¿La dirá Ud. que me ha visto?

—No... si me prometes...

La muchacha le miraba con angustiados y cansados ojos que daban lástima. ¿Qué quiere Ud. que prometa? ¿Puedo prometer? ¿Sé qué he de prometer? Hay momentos en que no soy yo, en los que me atraviesan y consumen ardores de llamas... Desde que está Ud. aquí, estoy mejor, me encuentro con fuerzas para resistir... pero de aquí en una hora estará usted lejos y nada podrá contenerme... Y no es mi cura lo que voy á buscar á casa de Arlatán, como parece Ud. creer... no... es el veneno... es el ardor... Mis ojos me duelen de necesidad de ver esas cosas. Y el hombre me enseña y yo me

condeno... Lo mejor sería decírselo todo á Naïs para que me pegara y me matara y no pudiera volver aquí...

Mientras hablaba, Danjou recordaba los asquerosos cromos expuestos en el lecho del vaquero, se los representaba animados siniestramente y perversos ante los hermosos ojos febriles de aquella mujer niña y de su enferma imaginación.

—No, Zia—le dijo lleno de lástima;—no, tu hermana no sabrá nada... sería darle un disgusto muy grande... lo que tienes que hacer es irte á tu pueblo, irte lo antes posible...

Dió un grito de terror:

—¡Al pueblo, Madre Santa de los Angeles! ese es el fin de todo... me señalarían con el dedo y me correrían después á causa de mi buen día... Y sin embargo, tiene usted razón, señorito Enrique, no hay más remedio que marcharse... Es lo mejor.

Con su esbelto cuerpo erguido y el

gran cesto en la cadera, la polvorienta y rubia cabellera alrededor de su punta, iba andando contra el viento, ceñida su falda á sus finas piernas, y con enérgico ademán repetía: Hay que marcharse... hay que marcharse...

CAPÍTULO VI

Sr. D. T. de Logeret, en Montmajour.

Por fin, después de dos largos días de angustias y pesquisas, hemos encontrado á la pobre muchacha; la encontramos al borde del Vacarés, que la conservó todo aquèl tiempo mecida y arrullada en sus misteriosas ondas. El primer día, los Charlón no se asustaron mucho por su ausencia. Era muchacha rara, enfermiza, de una imaginación frenética y como desequilibrada, una pequeña endemoniada que la Edad Media hubiera exorcizado, y que Naïs en su ignorancia asustaba con continuos regaños. Creyeron que á conse-

cuencia de una de estas escenas, Zia había abandonado el país; y puede Ud. imaginarse el espanto cuando se supo que nadie la había visto en Montmajour. Todas las masías de los alrededores fueron en su busca; de todas las ganaderías salieron guardas á reconocer los estanques, y canales con largos tridentes.

Por la noche se oían clamores en toda la llanura, resonaban llamadas de trompa y temblaban sobre el agua resplandores de antorchas y luces de linterna.

¡Ah! ¡Qué generosa, qué buena se me ha aparecido esta gente baja del campo, estos pastores y zagales guardas, con caras llenas de cicatrices, bronceadas y duras como cascos, qué buenos, qué fraternales ante la angustia de uno de los suyos, dando, prodigando sus horas de sueño, su piedad, su fatiga!... ¡Y había una tormenta en aquellos tres días! Borrasca, relámpagos, granizo, el mar y el Vacarés enfurecidos, los ganados, como

locos, huyendo ante la ráfaga ó pisoteándose, apretándose con la cabeza baja tras el jefe del rebaño, volviendo los cuernos al *gicle,* como Ud. dice. Era paganamente hermosa toda aquella campiña salvaje sublevada, revolucionada contra la injusticia de los dioses, que han permitido el suicidio de aquella niña; porque se ha matado la desgraciada, si usted supiera, por escapar á qué extraña y cruel obsesión...

Por la mañana del tercer día, batíamos los bordes del estanque, cuando vimos un rebaño de caballos salvajes parados en la ribera. Miraban á la pobre Zia, extendida sobre la fina hierba, apretada como en un sudario, bajo una gran capa de limo y sal. Su linda cara blanca é intacta, entreabría los ojos, en los que se leía siempre la misma expresión dolorosa, y que por haber estado tanto tiempo bajo el agua, habían tomado un tinte verdoso, como cuando lloraba. Pero ¡qué verdo-

sos!... "Dos renacuajos del estanque grande," decía sollozando Charlón.

En su calidad de viejo camargués, querido amigo, habrá Ud. oído hablar del tesoro de Arlatán. La pequeña Zia ha muerto por haber querido mirar lo que contenía; y yo espero, por el contrario, haber encontrado en él la curación de mi existencia. Dentro de algunas semanas lo sabré. Estaba, por lo demás, prevenido por estas palabras del guarda:

—Tengo en mi tesoro la hierba que cura y la que mata.

Este tesoro de Arlatán, ¿no se parece á nuestra imaginación, tan compleja y diversa, tan peligrosa de explorar hasta el fondo? Se puede morir ó vivir al examinarla.

Hasta pronto, mi viejo Tim, le abraza con el corazón emocionado,

ENRIQUE DANJOU.

LA FEDOR

PÁGINAS DE LA VIDA